

IV

La institución religiosa de la sociedad

Sin investigar acerca del lugar en que esta primera reunión de los hombres salidos de la mano de Dios se realizara, ya se coloque su cuna en el valle de Cachemira, ó bien algo más al Norte, entre las fuentes del Indo y del Oxus, la cuestión que de los antecedentes expuestos se desprende consiste en explicar cómo de una muchedumbre informe ha de nacer el orden social, ó en otros términos, por qué suerte de milagro podrá salir el hombre de la vida inmutable de la Naturaleza para entrar en esa otra vida de inquietud, de continuos cambios, de revoluciones y dolores que se llama historia.

La respuesta que el siglo último daba á esta cuestión es conocida: el hombre, desde una condición profundamente abyecta, se ha elevado por grados hasta ciertos rudimentos de arte y de industria, y desde ahí pudo lentamente ir arrastrándose hasta los umbrales de la vida social. Rousseau es quien, por lo que á este punto toca sobre todo, reúne las opiniones de su época. Pues bien; léase su discurso sobre *El origen de la desigualdad de las*

condiciones, y se verá de qué manera un luchador heroico tuvo que sufrir el yugo de su tiempo en los instantes mismos en que pretendía romperlo. Fuera de todas las tradiciones de la historia, imaginase en un bosque ideal y abstracto á hombres también abstractos é ideales, los cuales, aunque recién salidos del barro y con la misión de crear el mundo social, son en realidad verdaderos enciclopedistas del siglo XVIII violentamente vueltos al caos; salvajes que se muestran ante todo grandes pensadores y didácticos austeros, y que caminan triste y regularmente de deducciones en deducciones. Entre cada uno de sus razonamientos caben millares de años, lo que supone un número mayor aún entre la invención del anzuelo y la de la choza de ramas. Geómetras y no profetas, de reflexión lenta, espíritu escéptico, alma vacía é instinto casi nulo, estos primeros inventores de la sociedad, poseedores del genio que descompone, no del que crea, proceden más bien como si pretendieran destruirla. La imaginación, la poesía, la religión, los instintos sagrados, todos esos sentimientos que conmueven y arrastran el alma de los hombres desde su aparición sobre la tierra, son precisamente con los que Rousseau no cuenta para nada, viniendo así á construir con piezas mecánicas una estatua muy sabia, á la que sólo falta una cosa: la vida. He aquí la abstracción; veamos ahora la realidad.

Si los pueblos hubiesen comenzado por las deducciones, el silogismo y la lengua didáctica de

Rousseau, es seguro que á estas horas estarían todavía haciendo razonamientos en el fondo de los bosques, pues que del animal al hombre ha habido algo más que una transmisión regular de la soberanía sobre el globo. Acumulad, en efecto, siglos sobre siglos, y á esta eternidad añadid un progreso no interrumpido en las invenciones mecánicas; nunca de estas solas premisas podrá deducirse el prodigio de la civilización. ¡Pues qué! ¿no supone, por ventura, cualquier obra de arte una inspiración y luz sagrada que ha atravesado, al concebirla, la mente de su autor? ¿No es acaso la sociedad la obra de arte por excelencia? ¿No se descubre en ella algo más que una sucesión lógica? ¿No está acusando en su origen, sólo por el mero hecho de ser, que una iluminación espontánea, una revelación interior, ha debido brillar en el seno del género humano? No; el mundo civil no ha comenzado por la invención del anzuelo ni por la del hacha de piedra, el carcax ó la flecha del salvaje, todo lo cual separa más bien que une, ni pudo juntarse á orillas de los ríos por la sola atracción de un amor puramente humano. Salido apenas de las manos de su Creador, el hombre tendió hacia él por todos los lazos del alma y del cuerpo, de modo que, así como el león al nacer ha huído al desierto y el águila ha volado sobre la cima de las montañas, así el hombre marchó hacia la sociedad, hacia la humanidad, hacia Dios. He aquí la gran palabra pronunciada. No concedáis cierto divino instinto al corazón de

los pueblos en su cuna, y todo queda inexplicable. ¿Cuándo, pues, ha comenzado la sociedad? Acabamos de decirlo. Nació en el mismo día en que, por cualquiera manera, el pensamiento de la Divinidad conmovió el espíritu de un hombre, que pudo entonces anunciarle, publicarle, revelarle ó imponerle á sus hermanos. En este momento supremo, á la familia ha sucedido el Estado, al hombre la humanidad; una vida común ha comenzado para los espíritus que, unánimes, han reconocido y adorado á un mismo Espíritu; los individuos, hasta entonces dispersos, hanse reunido en un idéntico pensamiento; las inteligencias, aun vacilantes é informes, han sido alimentadas por primera vez de la misma substancia; el orden moral, en fin, ha hallado un abrigo, un refugio, una choza común. Reúnese en torno del fetiche la tribu; un Dios nacional crea la tribu; la unidad religiosa funda la unidad política, y de este modo de la idea de Dios nace, viva y entera, la sociedad.

Y en efecto, ¿qué es lo que encontramos, abandonando siempre el campo de las abstracciones é interrogando á la tradición, en el origen de todas las historias, sino el recuerdo de una vasta inspiración y como estremecimiento que hace palpitar el corazón de los pueblos? En todas partes la memoria de los grandes genios, de los hombres elegidos, es la de los poetas, viajeros, profetas y sacerdotes que, llamando, juntando, adoctrinando y arras-trando tras sí á las razas humanas, enséñanles á

marchar desde luego, alta la frente, á la faz del universo, y resumen los recuerdos de toda una época de extraños é inspirados arrobamientos. Entre los griegos es Orfeo; entre los egipcios, Hermes; entre los persas, Zoroastro; entre los indios, Manú; entre los hebreos, Moisés. Todos ellos reciben la ley escrita sobre la piedra sagrada; todos, aun los más extraviados, oyen la revelación de Dios por la voz naciente del universo, sin que haya uno solo cuya tarea no sea percibir é interpretar esa palabra que el Eterno pronuncia en la Creación aun conmovida por su presencia. Cierto que hay quienes les pintan en medio de una Naturaleza fría y avara, donde su primer cuidado hubo de consistir en defenderse contra sus ultrajes; pero ¡cuán de otra manera sucedió en realidad! La Naturaleza suntuosa del Oriente recibiólos sin duda en un día de fiesta; el primer Sol les vistió con su rayo de púrpura. Los que así piensan no hablan sino de inventores de artes mecánicas, de constructores de chozas de follaje, de talladores de troncos de árboles, de cinceladores de hachas de piedra, mientras que yo no encuentro en todas partes más que poetas, viajeros, profetas, sacerdotes, esto es, hombres que eran á la vez los institutores, los jueces y los artistas de su tiempo.

¿Deseáis saber cuál era la fuente de inspiración de estos maestros del género humano? Pues apartemos lejos de nosotros las ideas de nuestro tiempo, y esa fuente inagotable brotará de nuevo, porque

ella no era otra que el éxtasis contemplativo y la admiración intuitiva que la creación, nueva aún y reciente, les causaba. Por el órgano de la Naturaleza, en efecto, se ha manifestado la primera revelación, tanto para los gentiles como para los hebreos. Ella, la Naturaleza, era la tripode; el género humano, el sacerdote. Hoy, en cambio, reducida á nuestra servidumbre, perdidas las simpatías por sus enseñanzas, ha enmudecido, ó si alguna vez habla todavía, no la entendemos; tanto ensordece nuestros oídos el estruendo que nosotros mismos movemos en el mundo. Pero en aquellos tiempos lejanos, era para el hombre el libro de la Ley, el Evangelio cosmogónico que, abierto constantemente, era constantemente hojeado por los primeros profetas, que en él y en alta voz iban á deletrear los grandes caracteres de la ley soberana y á recoger las huellas de su Dios en la obra apenas salida de sus manos, prestando oído atento á las voces todas del cielo y de la tierra, último eco de la palabra aun resonante de la génesis. Los pueblos al mismo tiempo presentían que el trabajo de la creación continuaba en ellos mismos; hallábanse como inspirados y transportados. Apenas surgidos de entre el lodo primitivo, el sol immaculado de los primeros días habia penetrado hasta el fondo de su corazón, haciendo en él brotar la luz del espíritu, y el soplo del Eterno, que agitaba aún las aguas, habia pasado por su boca, arrancando de ella la palabra y la poesía. Desde este momento comien-

zan las instituciones sociales, y comienzan modelándose según el plan del universo; los primeros fundadores de imperios toman su ciencia á la política sagrada que rige sobre sus cabezas las constelaciones, distribuyendo, como el cielo en regiones, la tierra en zonas, primera base de la propiedad. Tal sociedad, á fin de reproducir con la mayor fidelidad posible las leyes generales del mundo, distribuye sus miembros en trescientas sesenta familias para responder á los trescientos sesenta días del año, y dichas familias en doce tribus, por consideración á los doce meses; tal otra ciudad rodéase de siete murallas pintadas de los colores del cielo, que recuerdan el orbe azulado de los siete planetas; el Estado, en fin, gravita en torno del dios nacional, como el universo físico alrededor del astro supremo. Tal fué en un principio el espíritu de las instituciones humanas; legislación verdaderamente primitiva, que no era sino reflejo en el orden moral de las instituciones y de la legislación del universo visible. Los días, los años, el sol renaciente festejaban ya el eterno aniversario de la Creación antes que el hombre apareciese; imitó éste ese primer culto, y el orden civil fué el compendio del orden universal.

V

Las emigraciones de las razas humanas en sus relaciones con la historia de las religiones.

La sociedad acaba de nacer de la primera revelación. Este primer acto de fraternidad en la cuna subsiste como un recuerdo en todas las tradiciones, y no tenemos para hacer tal afirmación necesidad de investigar profundamente si aquella constitución nativa se hallaba con tan viva unidad sellada, que no pudiera ser considerada sino como una especie de comunión primitiva del género humano en el seno de la naturaleza primitiva, con un mismo cielo, lenguaje, culto y liturgia copiada de las procesiones de los astros; época sin sucesión ni cambios apreciables, que parece pertenecer no tanto al tiempo como al Eterno.

Pero este primitivo estado, origen de todos los demás, cambia por fin, porque él no es más que el primer acto de la génesis social. Llega, en efecto, un momento en que los pueblos infantiles, creciendo con la vida, acaban por descubrir instintos y tendencias diversas, para desarrollar los cuales nece-

sitan atribuirse distintos territorios. Entonces se separan. La pollada, que había sido abrigada bajo las alas del Eterno, abandona el nido. Vense aquejados por un ávido instinto de cambios, y van á dividirse la tierra, propiedad inalienable hasta entonces del mismo Dios. La primera misteriosa constitución de la humanidad se rompe; el politeísmo nace y con él la división y pluralidad de naciones, estados, imperios, sociedades y lenguas que, á pesar de sus diferencias, han de conservar para siempre el sello de su original carácter; arruinase el edificio de la Naturaleza y erigese el del Arte; la historia civil conmuevese profundamente. El emblema de la torre de Babel en el Antiguo Testamento, refiérese sin duda á esta época; porque ¿quién no ve en la caída de esa torre gigante una expresión de la lengua naciente del mundo para figurar el rompimiento y destrucción de la primera unidad religiosa y civil?

Y he aquí que somos llegados á la idea suprema de donde las sociedades nacen: presenciemos el espectáculo de su dispersión. ¿Cómo la Providencia, después de haber abierto los surcos de los valles, ha sembrado la tierra? ¿Cómo ha repartido las razas, atrayéndolas aquí y asentándolas allá en tales ó cuáles lugares? Seguir la semilla de los pueblos esparcida sobre el mundo, equivale á seguir las huellas del cultivador divino.

La idea de tres razas de hombres hállase en todas las tradiciones, inclusa la de los negros. La

primera familia —dicen—se componía de tres hermanos, un negro y dos blancos, los cuales robaron á aquél mientras dormía todas sus riquezas, no dejándole de ellas más que un poco de polvo de oro y algunos dientes de elefante. La Biblia indica la misma división, que ha acabado por confirmar la ciencia moderna, bajo los nombres de Sem, Cam y Jafet.

Dos pueblos gemelos, los indios y los persas, entran los primeros en la historia. Como dos aves viajeras, caídas del árbol de la vida, un secreto instinto les impele hacia los lugares en que han de detenerse é invernar. El indio desciende hasta el lecho del Indo y el Ganges, donde queda aislado y oculto el resto de los humanos por la cordillera del Himalaya. Pueblo contemplativo, busca un retiro naturalmente fortificado, y allí se adormece entre las flores de las aguas, como Brahma al rumor de las corrientes del Ganges. Un dios activo y luchador impulsa, por el contrario, á la acción y al movimiento á los medos ó persas que, baja la cabeza, precipítanse por los flancos de su monte sagrado, el Bordj, que viene á morir entre las estribaciones meridionales del Taurus. Peleando y combatiendo siempre bajo el nombre de Ahrimanes contra el eterno enemigo, parece que va creando ante ellos, y á medida que emigran, nuevos territorios, como si la tierra creciese bajo sus plantas y la Naturaleza se engrandeciese al compás mismo de su historia, mientras que al borde del camino

las ninfas de las aguas preséntanles en el vaso sagrado la bebida de la inmortalidad. Así se van extendiendo desde el golfo Pérsico hasta la Armenia, y desde la Armenia hasta las riberas del Halys, llegando por fin hasta los desfiladeros del Cáucaso y penetrando bajo diversos nombres en Europa: Bactra, Susa y Persépolis son las principales piedras miliarias que marcan su camino. Raza de Jafet, dividida como su dogma, en guerra frecuentemente consigo misma, es fundamento y origen, en sus familias céltica y germánica, del genio doble del Occidente.

/ Junto á esta raza habita la de Sem, que va á echar raíces en las montañas entre el Éufrates y el Tigris, siendo la Caldea, Fenicia, los hebreos, Cartago y la Arabia los miembros de este gran cuerpo, de que es Babilonia el corazón. Ninguna como esta raza reúne en tan alto grado el genio de la industria y el de la religión, y lo mismo la veremos palpar bajo la tienda de Abraham que sobre las naves de Tiro. El desierto y el mar, esas dos figuras visibles de lo infinito, pertenécenle casi exclusivamente. Jehová y Cristo se albergan en su seno.

En fin, más al Oeste se encuentra la raza de Cam, negra, de cabellos crespos, que confinando por un vago horizonte con los pueblos fabulosos de cabeza de perros y de lobos, consagrando la servidumbre del cuerpo por la servidumbre del espíritu, toma por dios al animal y se postra delante de la serpiente y del león, saliéndose en cierto modo de

las condiciones de la sociedad civil. Reléganla las otras dos razas al África, y ella, como la salamandra, va á buscar allí una tierra de fuego hasta que una colonia de sacerdotes llega del centro de la India á traerle el principio de la vida social. Esta emigración arriba al África por el camino de la Etiopía, y siguiendo la corriente del Nilo, descien- de desde Meroe á Tebas y luego á Menfis, y se engrosa con los afluentes de las tribus de la Arabia y de la Nubia, amasándose de este modo y acumulándose en el delta, con el limo del valle, las creencias, las leyes y los dioses del Egipto.

Tales son los tres actores que abren la escena, y cuya lucha constituye, por sí sola, la historia primitiva del alta Asia. Semejantes á los animales esculpidos sobre los monumentos de Persépolis que pretenden mutuamente devorarse, los imperios de Asiria, Persia y Egipto se persiguen y encarnizan uno contra otro. Los pueblos vencedores se establecen, ó mejor dicho, se sobreponen á los vencidos, nueva forma de la humanidad en que las luchas de los hombres de diversos colores se resuelve en el establecimiento de las castas, y los dioses atezados, negros, blancos ó aceitunados, sometidos unos á otros en jerarquía celeste, consagran el primer origen de la desigualdad de condiciones civiles.

Sin embargo, la segunda época de las emigraciones comienza; el Asia rebosa pueblos y tradiciones y no puede menos de desbordarse. Mil quinien-

tos años antes de Jesucristo, los pueblos pastores y nómadas, que se habían repartido el Egipto, son expulsados y marchan á fundar á Tiro, abandonando el desierto por el mar. Sigue á ésta una emigración más solemne, la de Moisés, que conduciendo y arrastrando tras sí al pueblo hebreo, remonta el golfo de Suez, rodea el país de Canaán, se corre á lo largo del mar Muerto por el Este, y penetra en la Judea por el lado opuesto al Egipto. Tal es el pueblo que, mojado aún con las aguas del mar Rojo, entona aquel cántico: «Yo ensalzaré al Eterno; el Eterno es mi fuerza; Él precipitó en el mar caballo y caballero»; siendo este su primer grito al venir al mundo, porque en este momento es cuando verdaderamente nace el pueblo hebreo, hasta entonces retenido en noche de servidumbre. Ese himno de gracias da el tono á su poesía. Su eco se encontrará más tarde en el canto de Débora, en los salmos y en los profetas, especialmente en Isaías, y últimamente será transformado en el *Apocalipsis*, grito de la humanidad que sale por primera vez de la cárcel de la servidumbre, de la tierra de las castas, del templo del politeísmo y de la materia, grito que, rodando de siglo en siglo, aun hoy resuena en todas las iglesias de la cristiandad, recordándonos, no ya sólo la emancipación de un pueblo, sino la libertad del mundo; más aún que la emigración del Egipto, la emigración del alma de entre las cadenas de los sentidos á la tierra prometida de la eternidad. En los hebreos sobre todo,

es donde la sociedad entera se halla fundada sobre el recuerdo de las emigraciones, hasta el punto de que su institución principal, la Pascua, no era otra cosa que la solemne representación de ellas; día sagrado en que todo el pueblo, de pie, ceñida la cintura y con el traje de viajero asistía á la comida que conmemoraba su peregrinación por la tierra. Estos viajes, en efecto, fueron para los hebreos causa de una transformación más radical que en parte alguna, cambiándoles de nómadas en sedentarios, de pastores en agricultores, de vagabundos del desierto en habitantes de las ciudades. Levántase entonces Jerusalén como la tienda de todo un pueblo, Jehová deja de ser el Dios del desierto perdido, y fijando para siempre su errante tabernáculo, queda hecho, no solamente el uno, sino el inmutable, aquel cuyos fundamentos no pasarán nunca, y que ha de convertir el mundo tanto á su unidad como á su inmutabilidad. Dios posee ya un templo, y este momento se convierte para los hebreos en la era fundamental de su historia.

Hacia la época en que Moisés conducía á los hebreos á Judea tenían asimismo lugar otras trasplantaciones de pueblos salidos de los mismos lugares, pero con muy distintas consecuencias. El Oriente, lleno de ideas, visita por primera vez el Occidente; el Asia se dispone á llevar la vida de la inteligencia á los valles, hasta entonces mudos, de Grecia; momento aquel verdaderamente religioso en que los pueblos, preñados de un porvenir

indefinido, llegan á una comarca, nueva aún como ellos; los fenicios al Atica; los egipcios á la Argólida. Los sacerdotes del delta llevan sus misterios á Eleusis y la esfinge de Menfis arriba por caminos ignorados al pie mismo del Parnaso: invasiones que fueron en la antigüedad lo que en los tiempos modernos las de los españoles en el Nuevo Mundo, aunque con la diferencia de que los extranjeros desembarcados en las costas de la Grecia se asociaron desde luego á los habitantes que allí encontraron.

Eran éstos pueblos (pelasgos) que no sabiendo aún qué nombre dar á sus dioses, carecían ellos mismos de nombre en la historia civil, perdidos en medio de sus enormes murallas ciclópeas, que parecían marcar el recinto y como el plano informe de la ciudad del porvenir. Apenas terminadas estas emigraciones por mar, comenzaron otras por tierra, á través de los valles del Taurus, que parecen haber sido el estrecho canal donde han venido á acumularse las razas humanas que se empujaron sobre los umbrales de la Europa, y donde existían en esta época hombres de razas etiópicas, semíticas y medas, en contacto mutuo y permanente. También el Cáucaso fué un nudo que contribuyó á enlazar estrechamente las civilizaciones persa é india con la griega, y por eso sin duda Prometeo, simbolo vivo de esta sociedad, encadenado en la doble cima de sus rocas, miraba á la vez y representaba al Oriente y al Occidente. Desde allí, una

parte de los pueblos helénicos arriba á las bocas del Danubio, á la Tracia y á la Tesalia, y atraídas siempre hacia la Grecia meridional, alcanzan por fin las llanuras del Atica. Así cada valle de la cadena del Olimpo forma su tribu con su dios particular, hasta que una de estas poblaciones empuja á todas las demás delante de ella: es la de los dorios, la más grave, la más fuerte, la más noble de todas. «Pedimos á Dios—decían—que nos conceda el bien en la belleza»: esta era su divisa. Desembo- can entre el Olimpo y el Oeta, penetran en la Eto- lia y desde allí, por la derecha de Patras, invaden el Peloponeso, que desde este momento adquiere por completo su carácter, que ya nunca perderá. Gravitando de este modo sobre el mediodía de la Grecia, fuerzan á una parte de sus pueblos á bus- car un refugio en las islas del Mediterráneo, hacia donde irradiaba un momento toda la población del continente, incluso ellos mismos. Así los dorios, como los normandos en la Edad Media, cierran la marcha de los invasores.

De este modo suceden casi al mismo tiempo dos grandes emigraciones: la de los hebreos y la de los helenos. El uno de estos pueblos va á encerrarse en un retiro, sin comunicación alguna, adonde nadie irá á conocerle si no es para despreciarle. El otro, por el contrario, hace alianza con cuanto en su camino encuentra, y como nadie más que él ni tanto como él amará el mundo, llegará también á poseer sin contradicción toda la gloria de esta

tierra, y por eso mientras que la Grecia se embriaga de alegría en las fiestas olímpicas, Israel, con las manos atadas á la espalda, será tristemente arrastrado por todos los grandes caminos del Asia. Mas después de esto, el uno morirá con todos los dioses del pasado, y el otro morirá también, pero dando nacimiento en Cristo al Dios del porvenir: imagen de los pensamientos del mundo y de la soledad.

Ni se encuentra solo en la filiación de las lenguas y de las tradiciones la huella de estos movimientos: sus más interesantes vestigios descúbrense en la religión. Personificándose cada sociedad en su dios, atribúyete todos los hechos de su vida colectiva y le reviste con su propio pasado, hasta el punto de que, en tal sentido, podemos decir que en Jehová se halla todo Israel, así como en Hércules toda la raza de los dorios. Entran éstos en el Peloponeso, y es Hércules quien toma posesión de su herencia, y si es que hacen alianza con la Etolia, entonces ese dios se desposa con Deyanira. Y así era como en aquella época se escribía el derecho público. ¿Pretendíase decir que los pueblos traicios habían enviado una colonia á civilizar la isla de Lesbos? Pues era que la lira de Orfeo había sido arrastrada por las olas hasta sus riberas. ¿Había fundado un Estado adorador de Apolo una colonia en la Cirenaica? Entonces Apolo había robado una doncella, y sobre un carro tirado por cisnes había conducido á la Libia. Y así, según el pueblo iba

ensanchándose, se iban al mismo compás multiplicando y acreciendo las aventuras de su Dios, y la historia social resumíase y quedaba envuelta en la historia religiosa.

Por otra parte, la impaciencia de la humanidad por entrar en posesión de la Grecia, tierra prometida del paganismo, fué tal, que la abordó por todos los caminos posibles: por el Norte y el Mediodía, por la tierra y el mar. Derívase de aquí una doble consecuencia: primero, que ya no habrá por qué maravillarnos si más tarde hallamos en la Grecia el genio del Asia y el dogma oriental, bajo las formas del Occidente; y segundo, que aquella diversidad de razas y poblaciones agrupadas, separadas ó mezcladas en sus pequeños valles, indican desde luego cuál será la prodigiosa variedad de creencias, dialectos, tradiciones, costumbres y religiones griegas.

Todas las razas de la humanidad envían á esta civilización un representante, constituyéndola de esta manera en la tierra de la variedad, así como la de la unidad lo fué la Judea.

Las religiones orientales se concentran como en un hogar en la mitología helénica, el culto persa de la luz en el de Apolo, el sombrío genio del Egipto en los misterios de Dionisio, el misticismo material de la Fenicia en los ritos de Afrodita.

Los pueblos, además, en sus emigraciones consagran al dios nacional los lugares en que se detienen; fórmula de su toma de posesión del terreno,

según la que parecen querer derivar sus títulos de propiedad del autor mismo de los seres. Constituye esto con la propiedad la primera feudalidad ó pleito homenaje de la humanidad al señor soberano, al dueño celestial, que posee él solo de un modo inalienable el gran dominio de la tierra. En este concepto, el camino de los dorios hállase indicado por los santuarios y las estaciones de Apolo; el de los arcadios, por los vestigios de Hermes; el de los inquietos jonios, por las huellas del inquieto Neptuno, en tanto que los pelasgos vagabundos, sin propiedad, sin territorio limitado, sin patria definida, dejan tras sí y como al azar sus informes dioses, piedras abruptas que siembran confusamente por la superficie de la tierra imágenes de un pueblo apenas esbozadas y que aun no se ha elevado hasta los sentimientos de la personalidad y de la organización social. Y he aquí como al dejar los pueblos tras de sí el rastro de un recinto, templo, nombre ó piedra sagrada, van marcando su itinerario por el itinerario de sus dioses.

Pero las emigraciones no se detienen en la Grecia. Delante de los pueblos que descendían del Norte de la Tracia huyen esos mismos pelasgos que acabamos de encontrar, y llegando á Toscana, donde encuentran á los umbríos de raza céltica, pueblo el más antiguo de Italia, que habían ocupado entrando por las dos extremidades de los Alpes, fundando allí las doce ciudades ciclópeas. Por otro lado, las poblaciones caucásicas que llegan

de Oriente penetran por la Iliria y el valle del Eridán; camino que siguen también los etruscos, precedidos del picoverde augural, los cuales, semi-asiáticos aún, pues ni su ciencia había sido adquirida en Italia ni muchas de sus aves sagradas se vieron nunca en los climas de Europa, transportan el Oriente entero en medio de aquella multitud de pequeñas poblaciones, tales como los enotrios, sabinos y oscos, todas las cuales habían perdido desde mucho tiempo antes los recuerdos de su origen. Estos etruscos se establecen entre el Arno, los Apenninos y el Tíber. Representémonos sobre las ruinas de las murallas pelásgicas una palmera asiática perdida entre la vegetación del Norte de la Italia, y tendremos una imagen exacta del espectáculo del genio etrusco en medio de las poblaciones extranjeras que le rodean y tienden á ahogarle con su peso. En cambio, las emigraciones de origen dorio y jónico no traspasan las riberas del mar, de suerte que la Italia, griega en la superficie, no lo fué nunca en el corazón. La guerra del Oriente y el Occidente, del genio etrusco y del genio latino, es la cuestión que se agita en ella. Las poblaciones de razas diversas, en vez de formar diversos Estados, como en Grecia, se concentran poco á poco en una misma ciudad, cuyo recinto es trazado con un arado unido á un caballo ó á una vaca, sembrándose en el surco frutos y cereales. Ya sabemos la cosecha que de estas siembras se recoge. Roma fué el coronamiento del mundo antiguo, porque las razas, hasta

entonces separadas y perdidas, se encontraron y aliaron entre sí, terminando de este modo su largo divorcio; porque el matrimonio fué entre ellas de nuevo instituido; porque aunque se hicieron una larga guerra intestina, llegaron al menos al sentimiento de la fraternidad ante la ley; porque, en fin, todos los dioses, hasta entonces enemigos, de Oriente y Occidente, el Norte y Mediodía, se unieron y comunicaron en un sólo panteón, que fué el santuario de una especie de catolicismo pagano. La antigüedad profana estaba cerrada; no podía ir más lejos.

Tal es el segundo acto de las emigraciones universales y la segunda como jornada del mundo civil. Los Estados que de estas nuevas emigraciones nacen son Jerusalén, Esparta, Atenas y Roma. Pronto llegarán á su madurez, pues esa ley de la Historia natural, que quiere que la duración de la vida se mida por el tiempo del crecimiento ó desarrollo, cúmplese también en la historia. Prontos en crecer y prontos en morir, estos Estados, que podrian llamarse de segunda formación, pasarán más rápidamente que los de Asiria, Persia y Egipto. Vivirán más de prisa, pero con más noble vida. ¿Qué va á suceder después de ellos? ¿Perecerá el mundo civil? Al contrario, va á renacer.

Mientras vivían y se desarrollaban las sociedades griega y romana, habíanse insinuado silenciosamente en Europa, por el Norte de los Pirineos y de los Alpes, varias poblaciones célticas. Allí cre-

cían libremente con las hierbas de los bosques sagrados. Á intervalos salían de este silencio, y aparecían en medio de la pompa de la civilización pagana, como la mano misteriosa en el banquete de Baltasar. Un día se lanzaron á ahogar á Roma en su cuna. ¿Quién no había de pensar que su misión era ser los herederos de los romanos? Jóvenes numerosos, aventureros, ¿qué faltaba á los celtas para cumplir ese destino? Y sin embargo, no fueron los encargados de renovar el mundo después de la caída de la sociedad romana. Y es que habían pretendido chocar demasiado pronto contra un Estado revestido de hierro desde su nacimiento; es que se gastaron en la lucha contra una civilización aun en toda su fuerza; es que sintieron demasiado el yugo de la espada del César y sirvieron hartas veces de ornamento á los triunfadores. Uno de sus antepasados había llegado á decir: «Sólo temo una cosa; que los cielos caigan sobre mi cabeza.»

Los cielos, en efecto, cayeron sobre ellos. Roma, por la mano de Torcuato, robó su collar á la raza céltica, que ya no sentía esa embriaguez é inspiración del porvenir, necesarias, no ya al cumplimiento, sino á la concepción de los grandes designios. Los dioses celtas, además, convirtiéndose á la fe del Capitolio, habían despojado de este modo el nombre de su raza de la originalidad, independencia y soberanía nativas. Encadenados en el panteón latino, retenían cautivos á sus pueblos en la servidumbre de Roma por el lazo religioso. Hay,

por otra parte, pueblos que sirven á otros de precursores, que siembran y no recogen, que levantan ciudades y no las habitan, que tienen el instinto de las grandes empresas y no las ejecutan; pueblos, en fin, que lanza á la vida la Providencia sólo como magníficos esbozos. Los pelasgos son los precursores de los griegos; los etruscos, de los romanos; los celtas, de los germanos y francos. Ya hemos visto cómo los pelasgos construyen ciudades para la eternidad, que otros pueblos vienen á habitar. Y con respecto á los celtas, ¿qué es lo que han dejado? ¿qué documentos escritos? ¿qué monumentos? ¿qué artes? Despojos de lenguas, de pueblos, de tradiciones; el fantasma del rey Arthus en su castillo abandonado; el vago eco de Ossian, ese Jeremías celta, flotando sobre las ruinas de toda una raza de hombres; dioses indefinidos y cautivos, impotentes para destronar al Júpiter griego y romano. Y es que no hay raza alguna que reine sino á condición de hacer tarde ó temprano reinar á su Dios, y esa familia de pueblos no era ya un instrumento bastante nuevo y vigoroso para acabar de romper el molde de la religión antigua. Necesitábase para esto el martillo de Atila.

Desde los tiempos de las guerras contra Mitridates, nuevas emigraciones salidas del Oriente, y casi de los mismos lugares de donde las de los helenos partieron, ó sea de las fronteras de la Media, van siguiendo las pendientes del Tauro, aproxímanse á la Cólquida, y finalmente, rompien-

do las cadenas de hierro que forman las puertas del Cáucaso, vienen á juntarse en las orillas del mar Negro. He aquí las razas que en los siglos IV y V han de renovar al mundo. Sin duda que si hubieran seguido el mismo camino que las precedentes, reprodujeran idénticas escenas, á obedecer á la sola inclinación de la Naturaleza. Pero el poder romano estaba aún en pie, y les alejó por largo tiempo del centro de la civilización antigua. Después de haber abandonado las orillas del Don, vuelven á entrar en el valle del Volga, y desde allí, lejos del antro de la loba de Roma, van á refugiarse en las islas de la Escandinavia y á espiar tras los hielos el momento de agonía de la civilización antigua. Allí su genio oriental comienza á transformarse. Verdadera espada de Damocles suspendida sobre la cabeza de la sociedad pagana, todo anuncia en ella una raza de hombres, que no habiendo aún medido sus fuerzas, las creen sin límites; terribles reformadores que para cambiar el mundo civil comienzan por destruirle. Su primer canto no es, como el de los hijos de Moisés, un canto de promesas, sino un grito de amenaza. «Es un buen signo para el guerrero el que al chasquido de la espada se mezcle el grito del negro cuervo y se oiga aullar la loba bajo el fresno sagrado.» Sus dioses se convocan y atraviesan la tierra en carros tirados por lobos con atalajes de víboras. Creen que los cadáveres se juntan en las desembocaduras de los ríos. Juran por la proa de sus barcos,

por los bordes de sus escudos, por la pezuña de sus caballos, por la punta de sus espadas. Su diluvio es un mar de sangre. Se ve, pues, que tales creencias, vivas aún, no están hechas para confundirse con las muelles creencias del Olimpo. La tradición está rota; la sociedad va á cambiar de dogma. Odino no puede nunca ser el esclavo resignado de Júpiter ni sentarse tranquilamente bajo el seno de la tolerancia en el panteón romano. Si se somete, será ante un Dios, no sólo superior á todos, sino más celoso y más nuevo. Y en efecto, los pueblos germánicos miran detrás de ellos, y ven al *Dios desconocido* que los impulsa.

Mientras el poder romano no cede en ningún punto, las emigraciones continúan dirigiéndose por el camino del Norte, pero el día en que esa barrera flaquea, cambian de rumbo y comienzan á extenderse por el valle del Danubio. Largo tiempo la vieja sociedad permanece en el convencimiento de que todo el peligro viene por el Norte, pero mientras busca á los bárbaros en la Escandinavia, desembocan éstos en el mar Caspio y el Ponto Euxino. Cuando Roma se apercibe de su error, avanza en aquel sentido y funda el imperio de Oriente. Bizancio fué un fuerte avanzado de la civilización antigua, pero la comunicación de los bárbaros no pudo romperse y la ruina total quedó decretada. ¿De qué servían las victorias de Germánico en Germania ni de Agricola en Bretaña? La raza germánica, como Anteo, renovaba toda su fuerza con

sólo tocar el suelo de Oriente. Pero para reinar sobre la sociedad pagana, era poco abatirla, siendo aun necesario dar al imperio un dogma nuevo. Alarico, Atila, Genserico, esos terribles reyes magos salidos de las mismas comarcas que los reyes portadores del incienso, la mirra y el oro, oían los vagidos del Dios recién nacido en el pesebre de Belén, y le llevaban á su vez las ofrendas de la espada, la copa llena de sangre de los vencidos y el oro de la civilización antigua. Y este mismo genio que ahora les impulsa á abatir la autoridad política de Roma, conducirá á sus hijos á romper su autoridad religiosa, de modo que tal germano, que en el siglo V sólo murallas destruía, tendrá por descendiente á aquel que, bajo el nombre de Lutero, destruya un día el espíritu de la ciudad de las tradiciones.
